

¿TEOLOGÍA DEL LAICADO?

Enrique Dussel

Se me ha pedido, como teólogo laico de la liberación que soy, un artículo sobre la "teología del laicado". Debo decir, desde ya, que cuando algunos me preguntan: —"¿Cómo es posible que Ud. siendo laico pueda ser teólogo?", yo les respondo: —"Mire, primeramente no me insulte, yo no soy laico, yo soy cristiano. Y como cristiano puedo ser profeta, pastor, doctor... en fin, ejercer alguno de los carismas cristianos que Pablo de Tarso enumeró". ¿Por qué digo que ser laico es un insulto? Quiero explicarme en estas cortas líneas.

MI EXPERIENCIA DE LAICO

Tengo larga experiencia de ser eso que llaman "laico". Creo que tengo como "laico" más experiencia que ningún obispo de la Iglesia católica y que el mismo Papa, ya que no creo que ninguno de ellos fue durante 52 años "laico", —porque mucho antes entraron a un seminario, se ordenaron después de sacerdotes para ser obispos o Papa.

Una noche del 24 de diciembre en 1934 nací en La Paz (bello nombre) en medio del desierto de Mendoza (Argentina). Mi padre era un médico de campesinos y pobres; mi madre, militante católica. Por ello a los 8 años, después del catecismo y primera comunión, entré como Niño de la Acción Católica en la ciudad de Mendoza. Después, a mis 10 años, fui Aspirante de Acción Católica; a los 15 años Joven de la misma Acción Católica; a mis 17 años fui Delegado diocesano de los Aspirantes y fundador del Movimiento Guías. En Mendoza tenemos el Aconcagua con sus 7 mil metros: fui andinista (no alpinista), pero con montañas en serio, de los 5.000 metros para arriba, que subí desde mis 12 años. Fui presidente de mi Centro de JUC en la Universidad. A mis 20 años, en 1954, fundador de la Democracia Cristiana argentina. En fin un curriculum de buen conservador y anticomunista en la época de la "guerra fría". Licenciado (tomista) en filosofía con 23 años, partí hacia la España franquista siendo antifranquista. Mi tesis doctoral de filosofía era maritainiana contra Charles

de Koninck (el derechista tomista de Canadá). Siempre "laico"; toda una "historia del laicado" latinoamericano desde los 30s hasta los 50s.

Doctor en filosofía, estuve dos años en Nazaret (Israel), con Paul Gauthier. Todos los sábados íbamos a la Sinagoga de Nazaret, la de Jesús, y leíamos en hebreo el texto de Isaías 61,1 que Jesús leyó en ese mismo lugar: "Rúa] Adonai halal...El Espíritu del Señor está sobre mí, y me ha consagrado para evangelizar a los pobres..." Esa "consagración" profética de Jesús es la mía, la recibí en el bautismo que 16 días después de mi nacimiento, el 10 de enero de 1935, mis padres la pidieron por mí a la Iglesia de San Pedro en Mar del Plata —1.400 km de mi pueblo natal: ¡vaya viajero que comencé siendo una semana después de nacer!—. En Nazaret trabajé de carpintero. Tengo todavía el martillo con buena madera nazarena que pienso llevar a mi tumba para el día de la resurrección. Pienso presentarle a Jesús mi martillo nazareno y mi carnet de sindicado en la Istadrutz (sindicato israelita obrero de la construcción), donde consta: tavsán gimel (carpintero de nivel C). Al menos deberemos tratarnos como colegas de oficio —claro que él cumplió más años que yo, pero al fin, colegas—. Entre 1959 y 1961 viví esta experiencia "espiritual" inenarrable en Tierra Santa; también en el lago de Genesaret. A mis 27 años regresaba a Europa, siempre "laico". Entonces entré en La Sorbonne: filosofía, historia de la Iglesia y teología en el Instituto Católico de París. Dos años en Alemania (1962—1965, con interrupciones) donde tuve como profesor de teología en dos cursos al entonces progresista profesor Ratzinger, que con su humilde bicicleta llegaba a sus Vorlesungen sobre "Doctrina de la creación". Lortz fue mi profesor de historia de la Iglesia en Mainz, donde era becario. En 1963 conocí a mi futura esposa Johanna de Münster, Warendorf. Poco después nos casamos. En París nació mi hijo Enrique. Poco después recibía el título de licenciado en teología en el Instituto de París. En 1967 doctor en historia en La Sorbonne en Historia de la Iglesia en

América Latina. Después, la vuelta a América Latina. Profesor en el IPLA de Quito. Profesor de muchos cursos hasta de obispos. Mons. Oscar A. Romero lo fue en tres ocasiones, en Medellín y en Guatemala la Antigua —entre decenas de otros—. En fin, en 1981 doctor honoris causa en teología en Freiburg (Suiza)... Y siempre "laico"... Porque todo lo contado no es nada en relación a lo que el Señor nos ha ido pidiendo en América Latina, en África (donde acabamos de fundar la Asociación de Historia de la Iglesia del África) o el Asia (donde organizamos una reunión con teólogos budistas, hindúes, musulmanes y cristianos de la liberación)... ¿Y para qué este curriculum? Para indicar que después de tan larga experiencia de laico —mayor que la de ningún obispo o Papa, como dije y como laico—, lanzaré algunas hipótesis sobre el asunto que se me ha pedido.

ANTITEOLOGÍA DEL LAICADO

Hace años Yves Congar, gran maestro y amigo, escribió aquellos *Jalons pour une théologie du laicat*. Las líneas siguientes serán más bien unos *Jalons* para una "antiteología del laicado" o una "teología del antilaicado", como gusten más. Como "laico" que soy, como aquel "laico" Dante cuya tumba veneré hace años en Ravena, tendré un poco sentido del humor. El no escribió una "Divina tragedia", sino una "Divina comedia"; es decir, con mucho humor hizo la crítica de su época desde un Dios alegre: la historia como "comedia". De la misma manera si debiéramos hacer una descripción sociológica (entiéndase bien: lo que se ve a la luz de la razón natural) podría decirse que la Iglesia católica es una institución episcopal romana. Es tal el poder del episcopado que en el feliz Concilio Vaticano II terminado hace algo más de dos decenios, hubo más de 2.000 obispos, y algunos sacerdotes, religiosos y religiosos invitados. En cuanto a los "laicos" se los contaba con los dedos de las dos manos y como "observadores". Nunca hubo quizá en la historia de la Iglesia un Concilio con tan

pocos "laicos", y, sobre todo, con tan poca autoridad. Al meñor en otras épocas, a través de los Reyes y los Señores aunque fueran feudales, los "laicos" dejaban entrar alguna luz fuera del mundo sólo episcopal. La clericalización episcopal de la Iglesia es hoy total. Esto diría un observador sociológico —dejemos por ahora la fe para otras observaciones.

Si nos remontamos al origen mismo del cristianismo, por el contrario, a los ojos de un sociólogo (es decir, ante un observador que sólo tiene la luz de la razón), y si observamos la conducta objetiva de Jesús, del que de manera casi maniática seguí paso por paso materialmente en mi estadía de Israel (caminé de Nazaret a Tiberias y Cafarnaúm, pasando por Canán por las montañas, o bajando por el Esdrelón y el pueblito de aquel tal Naím; o caminando de Jerusalén a Jericó y el Mar Muerto, de allí, caminando hasta Betelehem o los pueblos de las montañas de Judea), vemos que nunca se comportó como un sacerdote, que criticó siempre al templo, que la última cena la celebró en una humilde casa particular... Sociológicamente (no digo a la luz de la fe ni en teología) no fue un sacerdote.

¿Cómo es posible tal modificación sociológica? ¿Cómo es posible que el fundador luchó contra el templo, no era de familia sacerdotal (pero sí real, es decir, políticamente de herencia davídica pero no levítica), no celebró sacrificios como celebrante... y su Iglesia hoy está exclusivamente —en cuanto a autoridad se refiere— en manos sacerdotales, no sólo esto sino episcopales, y no sólo esto sino romanas? Y digo romanas, con el sentido del humor de Dante, porque nunca en la historia de la Iglesia hasta hace menos de un siglo, los obispos han sido elegidos sólo por la "Congregación de obispos" en Roma. Es sabido que en la Iglesia primitiva, la más antigua y venerable tradición (y yo soy profundamente "tradicionalista" y no me agradan las instituciones recientes cuando no son necesarias ni convenientes), la comunidad diocesana elegía los obispos, como acontece todavía en las Iglesias orientales. Después, en la Edad Media Latina, por abuso de los señores y príncipes, Roma comenzó a nombrarlos. Pero los reyes se atribuyeron poderes que Roma concedió y nacieron los Patronatos. De manera que nunca Roma pudo nombrar los obispos sola. Los obispos latinoamericanos no han sido nombrados sólo por Roma sino hace muy poco, en pleno siglo XX, cuando los patronatos estatales nacionales dejaron

de funcionar. Pero, inadvertidamente, en vez de compartir las Iglesias nacionales los antiguos derechos de los Estados, que en realidad se los habían sacado a las Iglesias locales, Roma es hoy la única instancia para nombrar los obispos. Este doble abuso: el que los señores, príncipes o Estados nombraran a los obispos, y que para subsanarlo comenzó a hacerlo Roma, llegó a negar el derecho a la comunidad local a nombrar a sus obispos. ¿Y qué tiene que ver esto con el "laicado"? Mucho, como veremos.

En efecto, en la Iglesia primitiva no había laicos. Había un "pueblo de Dios", había ministerios, había carismas. Había presbíteros, diáconos, episcopos o inspectores (como los de Qumram)... pero no había esa rara avis de "laicos". ¿Cuándo surgieron los laicos? Cuando surgió la Cristiandad. Cuando nació la identidad de la cultura mediterránea con el cristianismo; cuando el Estado romano comenzó a ser justificado por la Iglesia; cuando ser cristiano y romano fue casi lo mismo: desde el comienzo del siglo IV. Ante la multitud de paganos que "invadieron" la Iglesia, ésta debió recibirlos como "multitud", como "masa" casi pasiva que debía aprender lo que se le enseñara. Así el ministerio presbiterial, pastoral de la Iglesia primitiva de los primeros siglos, se fue constituyendo en un sacerdote tradicional romano: con dedicación exclusiva para esta función. En la Edad Media latina esto creció. La clericalización de la Cristiandad latina fue casi total. Los "laicos", por muy señores feudales que fueran, eran analfabetos, iletrados, toscos. La Iglesia debía "enseñarles" todo. Ser europeo, siervo o señor, cristiano era lo mismo; pero además eran "laicos": miembros pasivos —a lo más en las Terceras Ordenes participaban de la vida perfecta de los verdaderos cristianos: los religiosos, los consagrados. A lo que habría que agregar que por el larvado maniqueísmo del gran Agustín y por los albigenses y otros dualistas medievales, la vida laical, el matrimonio y la sexualidad estaban bastante desprestigiados. Sólo los célibes se alejaban de esas dimensiones del pecado, de la carne, de los placeres familiares. Así como se le permitía a los judíos prestar dinero, ya que siendo judíos podían caer en el pecado de la usura y perderse; de la misma manera los "laicos" podían engendrar hijos, lo cual era necesario, pero siempre relacionado al pecado libidinoso del sexo.

En Trento los laicos no existen prácticamente como institución eclesial. No se los encontrará en el Concilio Vaticano I. Y, como hemos dicho, en el

Concilio Vaticano II, primero están ausentes como parte constitutiva del Concilio ("observadores"). Gracias a grandes obispos teólogos el concepto "Pueblo de Dios" comprendió a los obispos y a los "laicos", pero aunque hubo un capítulo para "laicos", lo mismo que en el reciente Derecho canónico, están desprovistos, sociológicamente, de todo poder institucional. Debe de haber pocas instituciones, estamos hablando sociológicamente, donde sus miembros de base estén tan desprovistos de poder (ni en la antigua masonería estaban sus miembros más recientes con tan poco poder).

En una Iglesia episcopal, sacerdotal, donde la totalidad de sus autoridades decisivas son elegidas exclusivamente en la Congregación romana para obispos, los "laicos" ¿qué lugar ocupan? Prácticamente ninguno.

DE LA SOCIOLOGIA A LA TEOLOGIA

Pero dejemos ya el nivel sociológico, y vayamos ahora al teológico. ¿Qué es el "laicado" no en la Cristiandad sino en una eclesiología del "pueblo de Dios"?

Si la Iglesia es una "comunidad", como en Actas 2, 46, los miembros de una comunidad, por el bautismo, son los "consagrados". Es sabido que los primitivos cristianos recibieron el nombre de "cristianos", porque estaban relacionados a "Cristo". Y bien, "Cristós" en griego traduce el nombre del "Mesiaj" (Mesías): el que recibe el "aceite" (como se le ponía aceite al consagrado, en hebreo consagrado o "aceitado" era lo mismo). Y bien, "cristiano" era el "consagrado", el que había recibido la unción en el Mesías. La Iglesia cristiana era una comunidad de ungidos, mesiánicos, consagrados. Todos sus miembros por el hecho de haber sido recibidos en la Iglesia por el bautismo (entiéndase: no recibimos el bautismo sino que somos recibidos en la Iglesia a través del bautismo) son "consagrados" (antes de ser religiosos, sacerdotes, obispos o Papa). De manera que en buena teología todo bautizado es "consagrado". Eso es lo que soy yo: "Un consagrado", es decir: un cristiano, y no un "laico". Un "laico" es una determinada función que los "consagrados" recibieron en épocas de Cristiandad, de profundo clericalismo, cuando desapareciendo la "comunidad" (la Comunidad de Base) se transformaron en una amorfa multitud impersonal de "calienta sillas" en las Iglesias de la Cristiandad europea o después latinoamericana, y, como nos decían en la Acción Católica: "Recibid el apostolado

jerárquico de la Iglesia". ¿Es que el consagrado por el bautismo debe recibir el "apostolado" del obispo o jerárquico? ¿Es que el mismo bautismo no tiene por sí mismo, como consagración sustancial cristiana y eclesial una exigencia esencial de apostolado, del cual apostolado esencial-bautismal, comunitario, bien el apostolado sacerdotal, episcopal o papal? En efecto, en la Acción Católica, en la que fui oficializado en 1942 (y guardo aquel distintivo con mucho gusto y honor), el "laico" recibía el mandato del obispo. ¿Por qué? Porque nadie le había dicho que el apostolado era algo propio de su bautismo. Hasta aquí llegaba el gran maestro Yves Congar. Pero hay algo más.

En realidad, no es el bautismo personal de donde emana el apostolado. En realidad cada miembro es consagrado como cristiano (es una tautología en verdad) cuando es recibido en la comunidad. La comunidad es la fuente y fundamento del apostolado, de la vida y expansión de la Iglesia. Por ser miembro de la comunidad que consagra, cada miembro es responsable de sus hermanos y del mundo, y del Reino, y de la liberación de los oprimidos, y de la lucha contra el pecado...

Es en esa comunidad, desde ella y por ella que emanan los ministerios y carismas. Unos son los pastores, otros los sacerdotes, otros los obispos, otros los papas, otros los religiosos, otros los doctores, otros los profetas, otros los políticos en nombre de su fe, otros... y poco a poco, cada miembro tiene su función. ¿Qué quedará para el "laico" después de larga enumeración? Nada. Simplemente, ese miembro pasivo, al que se le enseña, el que nada sabe, que viene a la Iglesia para ver celebrar una misa... es el "observador" de un Concilio, de una Conferencia de obispos (al que Mons. López Trujillo le asignó como única función para Puebla la de orar por el buen logro del trabajo de los obispos...).

Me parece que algo funciona mal en la teología vigente del "laicado". Valdría la pena tomarse un poco de tiempo, antes de un Sínodo de obispos —por supuesto, en el que ningún "laico" será parte activa con autoridad— sobre el "laicado", en sospechar que el mero hecho de hablar de "laicado" ya supone una cierta eclesiología. Y es de sospechar que habiéndose olvidado durante muchos años después del Concilio el tema del "laicado" véngase ahora a recordar su existencia. ¿No será que una cierta



eclesiología profundamente clerical y episcopal romana necesita volver a tener una "buena" teología del "laicado"? De un "laicado" fervoroso, obediente, disciplinado, responsable de lo temporal (de tal manera que la Iglesia es función del clérigo "espiritual": es decir, secularización idolátrica del mundo y clericalización también fetichista de la Iglesia), pero, al fin... "laicado". Una vez que se entra por el callejón sin salida no se podrá encontrar salida alguna.

En una teología consecuente con la Iglesia de los pobres, una Iglesia consagrada a evangelizar a los oprimidos, una Iglesia de Comunidades Eclesiales de Base, los miembros cristianos no tienen más la experiencia de ser laicos. No son nada "laicos" (en castellano la gente dice: "Yo soy laico en ese trabajo", indicando con ello que nada saben, que no son peritos, especialistas). Por el contrario, los miembros de las Comunidades Eclesiales de Base, con Biblia en mano y sabiéndola leer en su contexto real de miseria, opresión y dolor, son peritos, saben lo que es ser cristianos, pueden dialogar con sacerdotes, con obispos, y con el mismo Papa (como lo han hecho cuando se les ha permitido como los campesinos, indígenas y otros que en Colombia, Ecuador u otras partes han hablado con el Papa sin tener en cuenta el protocolo que los eclesiásticos habían fijado). No son "laicos": son miembros consagrados vivos de una Iglesia-comunidad. Cumplen diversas funciones: unos convocan la comunidad, otros arreglan la casa para la reunión, otros saben leer mejor la Biblia, otros construyen casas, otros hablan mejor, otros cuidan de los enfermos... y otro celebra la Eucaristía. Este último es el padre Luis o el cura Juan, un miembro de la comunidad que tiene el ministerio de la celebración. Todos están de acuerdo en que cumpla esa función, una entre otras (muy importante, pero no única), sabiendo que

la función principal es la de la caridad, carisma que quizá la tenga en plenitud la "abuela María Dolores", que durante sus 70 años de vida nunca ha blasfemado de Dios en su dolor, en sus trabajos, y ha enseñado, como catequista (otro de los carismas fundamentales de fundación de Iglesia), a todos cuando chicos.

¿Es que se siente o se sabe "laica" esa "abuela", aquel miembro de la Comunidad, aquel niño que en las reuniones con sólo 12 años, con su Biblia sobre sus rodillas, sentado, lee claramente el texto y lo explica a sus mayores —como lo he visto en la Comunidad de San Pedro Mártir en México—?

En el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC), realizado en febrero de 1986, la Iglesia de Cuba nos ha enseñado algo totalmente novedoso. Un año entero, en parroquias se trabajó para el Encuentro, en base a reflexión, oración, estudio de la historia. Se elaboraron conclusiones. Con ellas se pasó todo un año, en el nivel diocesano, a realizar lo mismo. Pero lo interesante es que se eligieron representantes de la parroquias; no sólo sacerdotes sino otros miembros de la comunidad también. Después, con los delegados de las diócesis (25% de sacerdotes y obispos y 75% de miembros de las parroquias) se procedió de la misma manera en el orden nacional. Cada mano levantada era un voto en las conclusiones. Los no-sacerdotes o no-obispos no eran "observadores". Fueron miembros activos con igual voz y voto: comunidad eclesial que debía dar a la revolución cubana un testimonio de justicia institucional interna. ¿Es esto posible en otras partes? No pareciera por el momento. Pero lo cierto es que en ese ENEC no hubo "laicos", no-iniciados, ignorantes de las cosas de Iglesia. Hubo miembros, conocedores de la comunidad, responsables de los pobres, del mundo, de la misión, del Reino.

¿Teología del "laicado"? Desearía más bien hablar de "teología de los miembros del Pueblo de Dios". Claro es que si algunos piensan más en la "Sociedad perfecta" (= Iglesia), desearán hablar del "laicado", obediente, fiel, fervoroso, pasivo al fin y sin autoridad ni responsabilidad real en la Iglesia. Si se tiene una eclesiología del "pueblo de Dios", y no se confunde la Iglesia con el Reino de Dios, los mal llamados "laicos" serían los miembros de la Iglesia que han sido consagrados para construir ese Reino como piedras vivas del Pueblo mesiánico en este fin de siglo XX.